

Mesa redonda

Las nuevas tecnologías y su impacto en la escritura literaria

Santiago J. Paricio Martín

Las nuevas tecnologías han supuesto un cambio drástico en la forma en la que el escritor tradicional trabajaba su obra y el lector la recibía. Ya es impensable crear una historia escrita a mano, y pronto será inusual incluso tenerla en papel.

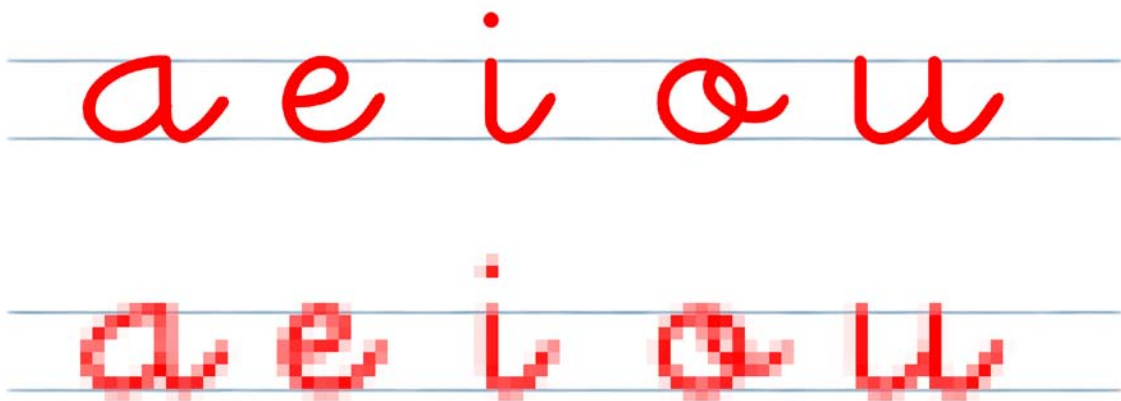


Ilustración: Óscar Baiges

“ Estamos ante la industrialización del proceso de creación del libro, ante una nueva y sutil deshumanización del arte de la escritura. ”

Atrás quedan los días en los que los escritores elegían cuidadosamente sus plumas, cuadernos y tintas, cuando mandaban sus manuscritos con esmero a los amigos, editoriales y certámenes, o cuando se editaban sus facsímiles que ahora son piezas de colección. La escritura manual es un proceso del pasado, solo cultivado por estudiantes y nostálgicos. Ya son pocos los que cuentan en sus memorias la importancia de una determinada Montblanc, Faber-Castell o Parker, o los que pueden exponer en una pequeña vitrina los borradores de sus apuntes y libretos, repletos de anotaciones y garabatos.

Durante cientos de años el proceso de escritura de un libro fue un acto de creación muy complejo. Requería una gran formación por parte del autor, largos procesos de corrección, de edición, de distribución de ejemplares... el escritor, o escritora, llenaba su mesa de folios y cuadernos con anotaciones, borradores y páginas manchadas con tinta. Todo siguió así en su vida hasta que en el siglo pasado se impuso la máquina de escribir personal. Primero, aquellas puramente manuales, después las eléctricas, y finalmente las electrónicas. Nombres como Olympia, Imperial, Olivetti, Royal o Remington se popularizaban en los creadores. De la posibilidad de escribir a una tinta se pasó a dos, e incluso se generalizó la tinta correctora, se mejoró la velocidad, el tacto, la calidad, los tipos de letras... y se llegó al ordenador. Por primera vez, la escritura se distanció de la hoja y se olvidó del soporte, de la tinta, del trazo y del paso

del tiempo. El escritor dejó de ver la novela escrita de su puño y letra para leerla en tipografías estándar. Con la llegada del ordenador, el libro dejó de ser artesanal y comenzó a ser un elemento digital, y como tal, dinámico, etéreo, portátil y fácil de cambiar y copiar. En fin, pasó a ser impersonal.

La revolución de la imprenta en el s. XV fue capital para la expansión de la cultura y la evolución de nuestra sociedad, pero el escritor, en su intimidad, seguía siendo dueño de sus letras, de su capacidad para escribir sin tachones, sin posibilidad de corregir o reorganizar la narración más allá de los márgenes o de tirar la hoja para volver a empezar en otra nueva. El libro recién terminado era una obra personal mucho más propia de lo que es hoy en día, deudora ahora de diseñadores tipográficos, informáticos, o correctores ortográficos.

Por ello, alguno diría que los creadores actuales lo tienen mucho más

fácil que los escritores del pasado. Gracias a los teclados, ya no es necesario tener una caligrafía exquisita. Gracias a los editores de textos digitales, el orden y la corrección no son vitales, sino que se puede sobrescribir un mismo texto infinitamente. Se cuenta con la ayuda del software, de programas que no sólo transforman las teclas en píxeles, sino que velan para que nadie cometa errores de ortografía, para que las palabras no tengan que cortarse al final del renglón, para que exista una correcta sintaxis e incluso hay ya correctores de estilo. El escritor cuenta con varios asesores y lingüistas dentro del ordenador que no sólo le ayudan, sino que también constriñen su obra, la vuelven menos propia, a la vez que también más perfecta.

“ El escritor deja de ser artesano para convertirse en ingeniero y gestor de la información, mientras que el lector se degrada a un mero consumidor. ”

Recientemente, durante el desarrollo del corrector ortográfico del aragonés, fui consciente de la influencia que estos programas tienen sobre la lengua y el estilo de los autores. Los correctores ortográficos son los culpables de que haya que pelearse contra la máquina cuando se busca lo diferente, cuando el autor quiera apelar a su derecho de utilizar licencias, cuando se quiera escribir de forma especial, mezclar lenguas, inventar palabras, jugar con ellas, o incluso contradecir lo marcado por una Academia. El ordenador es un aliado, pero también un censor que coarta la libertad en la selección de algunas palabras, imposibilita el uso de determinados símbolos, dirige al autor hacia una determinada variedad lingüística, avisa de los errores e incluso llega a corregirlos de oficio. Es el causante de que el escritor pueda centrarse más en el contenido que en

la forma, pero en ocasiones, el contenido depende también de la forma con la que se presenta. Estamos ante la industrialización del proceso de creación del libro, ante una nueva y sutil deshumanización del arte de la escritura. Paradójicamente, esta progresión conduce hacia una obra cada vez más perfecta y seriada. Sin llegar a una diferencia tan grande, y solo en parte, el libro actual distaría del antiguo manuscrito lo que el cuadro digital del hecho a mano.

El escritor también, no solo ha ganado en ayuda a la hora de redactar, sino también a la hora de gestionar y ampliar su mundo literario. Gracias a las nuevas tecnologías tiene acceso a toda la información posible en Internet, y ya no es necesario que sea un alma viajera o un erudito de biblioteca. El creador, ahora, puede recorrer las calles de Tokio sin moverse de su escritorio, puede acceder a los últimos estudios y documentales a golpe de ratón, escuchar cualquier clase de música, entrar a cualquier museo, y puede visualizar el menú del restaurante más tradicional desde su móvil. El tiempo que le cuesta documentarse al creador actual puede ser mucho menor que antes, y también el tiempo entre la redacción y la venta del libro. En el mundo actual, el libro se edita e imprime en mucho menos tiempo, se puede distribuir mundialmente en pocos días, y la traducción, gracias a los traductores automáticos, es virtualmente directa. Los libros se están convirtiendo en productos globales, y están sujetos a las mismas reglas que el resto de bienes de consumo. Las nuevas tecnologías, pues, están afectando al mundo literario y, por extensión, al artístico, como lo hizo la Revolución Industrial con el ámbito agrícola o textil. Este hecho nos podría llevar, también, a una conjetura más: la implantación de una cultura hecha para su consumo global. En ella, desaparecen las particularidades no sólo de los autores, géneros o lenguas, sino también de las diversas tradiciones culturales.

El lector también va sentir esta

impersonalización. No ya con nuestros libros impresos, sino mucho más con los libros digitales. Se había perdido el trazo del autor, su impronta, o el humano error, pero mantenía el libro en papel, el tacto del papel, la calidad de las portadas, y las ilustraciones. Con el libro electrónico, el lector sale ganando en muchos aspectos al igual que salió el autor a la hora de

“ ¿Podríamos imaginar un número de esta misma revista, Crisis, publicado con los artículos hechos a mano? ”

crear la novela. Se abaratan costes, se ahorra espacio, se multiplica la capacidad de distribución... el lector puede acceder a mayor número de obras y llevarlas consigo, y se acerca mucho más a la figura del comprador. Así, si con las nuevas tecnologías hemos visto que el autor pasa de artesano a ingeniero y gestor de información, estamos viendo cómo el lector deja de serlo en el sentido más tradicional para convertirse en un mero consumidor. ¿Podríamos imaginar un número de esta misma revista, Crisis, publicado con los artículos manuscritos? La facilidad y diferencia en la escritura, en la corrección, edición, distribución y también, por parte del lector en la lectura, es y será el máximo problema. Quizá, no obstante, en un mundo en el que está ganando terreno el producto manufacturado, y lo artesanal se está revalorizando por oposición a lo industrial, se dé un movimiento similar en el mundo editorial y se comiencen a ver libros hechos a mano, o faximiles de los borradores, o escritores que cuiden su letra y tengan que planificar los folios antes de escribirlos. En fin, un mundo literario en el que los lectores puedan disfrutar con el tacto de los pétalos y el olor de las rosas naturales, aunque pinchen.